

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El Sapo

El pozo era muy profundo, por lo que se necesitaba una larga cuerda. Siempre costaba mucho trabajo girar la palanca para levantar un cubo de agua por el borde del pozo. Aunque el agua era clara, el sol nunca brillaba lo suficiente dentro del pozo como para reflejarse en el agua. Sin embargo, hasta donde llegaban los rayos, crecía vegetación entre las piedras de los laterales del pozo.

En el fondo del pozo vivía una familia de sapos. De hecho, habían caído de cabeza en el pozo, debido a la vieja Madre-Sapo que aún vivía. Las ranas verdes, que hacía tiempo que se habían establecido en el pozo y nadaban en el agua, llamaban a los sapos "huéspedes del pozo". Pero los recién llegados parecían decididos a quedarse donde estaban, pues les resultaba muy agradable vivir "en un lugar seco", como llamaban a las piedras mojadas.

La Madre-Sapo había sido una vez una viajera de verdad. Resulta que estaba en el balde de agua cuando lo subieron, pero la luz de arriba era demasiado fuerte para ella y le dolían los ojos. Afortunadamente, consiguió salir gateando del balde, pero volvió a caer al agua con un terrible chapoteo y tuvo que guardar cama durante tres días, con dolor de espalda. No contaba mucho de lo que le había pasado allí arriba, pero sabía con

seguridad, y todas las ranas del pozo también, que el pozo no era el mundo entero. La Madre-Sapo podría haberles contado mucho más si hubiera querido, pero nunca respondía cuando le preguntaban, así que dejaron de hacerlo.

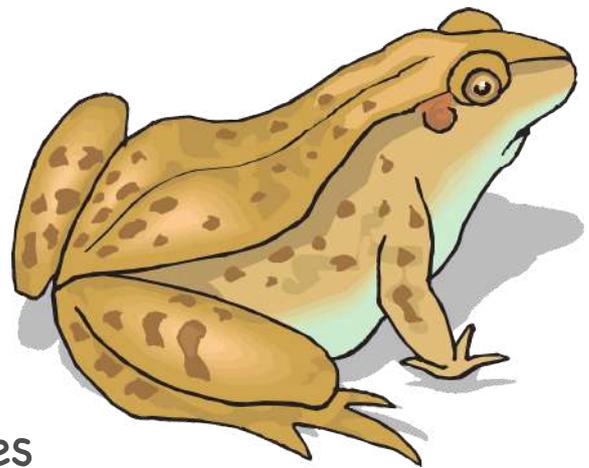
—Es realmente gorda, fea y desagradable —dijeron las jóvenes ranas verdes—, y sus hijos serán tan feos como ella.

—Puede ser —respondió la Madre-Sapo, que los oía—, pero uno de los sapos tiene una joya en la cabeza, o tal vez yo tenga la joya.

Las ranitas escucharon y se quedaron mirando; y como no les gustaron estas palabras, pusieron cara de tontas y se zambulleron bajo el agua. Los sapitos, en cambio, movían las patas traseras por puro orgullo, pues cada uno de ellos pensaba que debía tener la joya. Luego se sentaron y mantuvieron la cabeza quieta. Finalmente, preguntaron qué era lo que los hacía sentirse tan orgullosos y qué clase de cosa podía ser esa joya.

—Es algo tan hermoso y precioso que no puedo describirlo —dijo la Madre-Sapo. Es algo que llevas para tu propio placer, y eso enfada a los demás. Pero no me hagas más preguntas, porque no te daré una respuesta.

—Bueno, yo no tengo una joya —dijo la más pequeña de los sapos, que era tan fea como puede ser un sapo—.



¿Por qué tendría algo tan valioso? Y si hace enfadar a los demás, no puede darme placer. No, sólo me gustaría poder llegar al borde del pozo y mirar hacia afuera. Debe ser hermoso allá arriba.

—Será mejor que te quedes donde estás —dijo la Madre-Sapo—, porque aquí lo conoces todo y puedes ver lo que tienes. Ten cuidado con el balde, porque puede aplastarte. Y aunque entres en él sana y salva, puedes caerte. Y no todo el mundo aterriza tan a salvo como yo, con todas las piernas y los huesos intactos.

—¡Croac, croac! —dijo la Pequeña Sapo; y eso en nuestro idioma significa algo como “ajá”.

La Pequeña Sapo tenía un enorme deseo de ir al borde del pozo y mirar por encima. Sentía una gran nostalgia del verde de allá arriba. A la mañana siguiente, cuando el balde se levantó y se quedó quieto justo delante de la piedra sobre la que estaba sentada la Pequeña Sapo, mientras se llenaba de agua, el corazón la Pequeña Sapo se conmovió y saltó al balde lleno, que pronto fue levantado y vaciado.

—¡Qué asco, bestia repugnante! —dijo el trabajador que vaciaba el balde al ver al sapo—. Eres la criatura más fea que he visto en mucho tiempo.

Y con su zueco pateó a la Pequeña Sapo, que se salvó por poco de ser aplastada al trepar a las ortigas que crecían en lo alto del borde del pozo. Aquí vio un espeso bosque de tallos, pero miró a través de ellos y vio el sol brillando entre las hojas. Se sintió como un humano que camina por un gran bosque oscuro en el que, de repente, el sol brilla a través de las ramas y las hojas.

—¡Se está mucho, mucho mejor aquí que en el pozo! Podría quedarme aquí toda la vida —dijo la Pequeña Sapo. Así que se quedó tumbada durante una hora, sí, incluso dos horas—. Me pregunto qué más habrá aquí arriba. Ya que he llegado tan lejos, debo intentar ir aún más lejos.

Y así se arrastró lo más rápido que pudo, y salió del verde y entró en la carretera, donde el sol la iluminó y el polvo la empolvó por todas partes mientras avanzaba por el camino.

—Ahora estoy en un lugar seco, de eso no hay duda —dijo la Pequeña Sapo—. Pero es casi demasiado bueno aquí, el polvo hace muchas cosquillas.

Llegó a una zanja donde crecían nomeolvides. Un poco más lejos había un cerco de espinos blancos, arbustos de sauco y enredaderas de flores blancas. Aquí se veían colores alegres, y una mariposa pasó revoloteando. La Pequeña Sapo pensó que era una flor que se había soltado para verse mejor en el mundo, lo cual le pareció muy natural.

—¡Ojalá yo pudiera hacer un viaje así! —dijo la Pequeña Sapo—. Croac, qué fortuna sería.

Pasó ocho días y ocho noches cerca del pozo y no le faltaron provisiones. Al noveno día pensó, “¡Adelante, vamos!”. Pero, ¿dónde podría encontrar un lugar aún más hermoso? Tal vez en algún lugar donde hubiera otro pequeño sapo o algunas ranas verdes. Durante la última noche, había oído un sonido transportado por el viento, como si hubiera primos cerca.

—¡Es maravilloso estar viva! Es maravilloso estar fuera del pozo y tumbarme entre las ortigas y arrastrarme por el camino polvoriento. Pero tengo que ir más lejos, ¡siempre más lejos! Para encontrar ranas o un pequeño sapo. No podemos prescindir el uno del otro. La naturaleza sola no es suficiente compañía —y así continuó su viaje.

Salió a un campo abierto, a un gran estanque rodeado de juncos. Entró en el estanque.

—Quizás sea demasiado húmedo para ti —dijeron las ranas—. ¡Pero eres bienvenido! ¿Eres un él o una ella? No importa, eres igual de bienvenido.

Por la noche, la invitaron a un concierto. El concierto familiar de las ranas, ofrecido con gran entusiasmo. ¡Eso se oye a veces! No se dieron refrescos durante el concierto, pero había mucho que beber porque el agua del estanque era gratis.

—Ahora reanudaré mi viaje —dijo la Pequeña Sapo, pues siempre sentía el deseo de algo mejor.

Vio brillar las estrellas, tan grandes y tan brillantes, y vio brillar la luna; y luego vio salir el sol y subir cada vez más alto.

Y pensó: "Quizás sigo en un agujero, pero más grande. Necesito ir más alto. Siento una gran inquietud y el anhelo de ir aún más alto.

Y cuando la luna se puso redonda y llena, la pobre criatura pensó: "Me pregunto si ése es el balde que bajará y en el que debo trepar para subir más alto ¿O es el sol el gran balde? ¡Qué brillante es! Puede con todo. Pero debo tener cuidado de no perder mi

oportunidad. ¡Oh, cómo brilla en mi cabeza! No creo que la joya pueda brillar más. Pero no tengo la joya. No estoy triste por eso, no, ¡sólo necesito llegar más alto, con esplendor y alegría! Me siento muy segura y, sin embargo, tengo miedo. Es un paso difícil de dar, y sin embargo hay que darlo. Adelante, todo derecho”.

Dio unos pasos, como puede hacer una criatura que se arrastra, y pronto se encontró en un camino donde vivía gente. Cerca de las casas había huertos y jardines. Y se sentó a descansar en un huerto.

—¡Qué cantidad de diferentes criaturas que no había conocido nunca! ¡Qué hermoso y grandioso es el mundo! Pero hay que mirar alrededor y no quedarse en un solo sitio —y entonces saltó al huerto—. ¡Qué verde es esto! ¡Qué bonito!

—Lo sé —dijo la oruga en la hoja—, mi hoja es la más grande de aquí. Alberga medio mundo para mí, pero de todas formas no me importa el mundo.

—Croac, croac, croac —llegaron unas cuantas gallinas cacareando. Merodeaban por el huerto de coles. La gallina que marchaba delante tenía la cara larga. Vio la oruga en la hoja verde y la picoteó, haciendo que la oruga cayera al suelo, donde se retorció y estrujó. La gallina miró esto primero con un ojo y luego con el otro, porque no sabía cuál sería el final de este retorcimiento.

“No lo hace porque le gusta”, pensó la gallina y levantó la cabeza para picotear a la oruga.

La Pequeña Sapo estaba tan asustada que se arrastró directamente hacia la gallina.

—Ajá, esa cosa que se retuerce tiene aliados. ¡Mira esa cosa que se arrastra! —dijo la gallina y levantó el pico—. No me interesa ese bocado verde, sólo me haría cosquillas en la garganta.

Las otras gallinas tuvieron la misma idea y todas se dieron la vuelta y huyeron juntas.

—Me escapé —dijo la oruga—. ¡Es estupendo tener presencia de ánimo hoy en día! Pero lo más difícil está por llegar: volver a mi hoja. ¿Dónde está?

la Pequeña Sapo se acercó y expresó su simpatía. Dijo que se alegraba de haber asustado a las gallinas con su fealdad.

—¿Qué quieres decir? —gritó la oruga—. Yo misma me escabullí de esas gallinas. Son muy desagradables a la vista. ¿No pueden dejarme en paz en mi propiedad? Ahora huelo a col, estoy cerca de mi hoja. Nada es tan hermoso como tu propia propiedad. Pero debo ir más alto.

—Si, más arriba —dijo la Pequeña Sapo—. ¡Más alto! Se siente igual que yo, pero hoy no está de buen humor. Debe ser por el susto. Todos queremos llegar más alto — y miró tan alto como pudo.

Una cigüeña se sentó en su nido en el tejado de la granja. Cerró su pico haciéndolo sonar, y la cigüeña madre hizo lo mismo.

“¡Qué alto viven! ¡Si yo pudiera estar tan alto!”, pensó la Pequeña Sapo.

En la granja vivían dos jóvenes estudiantes. Uno era poeta y el otro un investigador científico que indagaba en los secretos de la naturaleza. El poeta cantaba y

escribía alegremente sobre todo lo que había en la naturaleza y cómo se reflejaba en su corazón. Lo cantaba con bellas palabras, con dulzura, con riqueza, en versos bien sonantes.

El otro estudiante estudiaba las maravillas de la naturaleza e incluso las abría cuando era necesario. Consideraba la creación de la naturaleza como un gran problema matemático e intentaba conocerla por dentro y por fuera y explicarla con claridad. Era muy inteligente. Aquellos dos eran hombres buenos y alegres.

—Ahí hay un buen ejemplar de sapo —dijo el naturalista—. Debo abrirlo rápidamente y meterlo en una botella de agua fuerte.

—Ya tienes dos —respondió el poeta—. Deja que la criatura se siente allí y disfrute su vida.

—Pero esta criatura es tan maravillosamente fea —insistió el primero.

—Si, si pudiéramos encontrar la joya en su cabeza —dijo el poeta—, entonces estaría a favor de abrirla.

—¡Una joya! —exclamó el naturalista—. Parece que sabes mucho de la historia de la naturaleza.

—Pero ¿no hay algo hermoso en la creencia popular de que el sapo es el más feo de todos los animales y, sin embargo, lleva en la cabeza la joya más preciosa? ¿No ocurre lo mismo con las personas? Qué joya hubiera tenido Esopo; y Sócrates, era muy especial.

La Pequeña Sapo no oyó nada más y no entendió ni la mitad de lo que había oído. Los dos amigos siguieron caminando y así la Pequeña Sapo se libró de que la

cortaran por la mitad y la metieran en una botella de agua fuerte.

—Esos dos también hablaban de la joya —se dijo la Pequeña Sapo—. Menos mal que no me la dieron. Me habría encontrado en una situación muy desagradable. Entonces se oyó un aleteo contra el tejado de la granja. El Padre Cigüeña dijo algo a su familia, y miraron a los dos jóvenes en el huerto.

—¡El hombre es la criatura más arrogante! —dijo la cigüeña—. Escuchen cómo mueven las mandíbulas, y a pesar de eso no saben aletear bien. Presumen de sus dones, de su elocuencia, ¡y de su lengua! Sí, ¡un lenguaje realmente hermoso! Pero esa lengua cambia cada nuevo día. Y no entienden el idioma de los demás. Nosotros al menos podemos hablar nuestra lengua en toda la tierra, tanto en el norte como en el sur de Egipto. Y los humanos ni siquiera pueden volar. Se desplazan a toda prisa mediante un invento que llaman "ferrocarril", pero a menudo se rompen el cuello en él. Se me hiela el pico cuando pienso en ello. El mundo podría prescindir de los humanos. Podríamos vivir muy bien sin ellos, mientras tengamos ranas y lombrices.

—Ese fue un discurso poderoso —pensó la Pequeña Sapo—. ¡Qué gran hombre es ese de ahí! ¡Y qué alto está sentado! Más alto de lo que jamás he visto a nadie. Y seguro que también sabe nadar —exclamó, mientras la cigüeña surcaba los aires



con las alas extendidas.

La madre cigüeña empezó a hablar a sus hijos en el nido, hablándoles de Egipto, de las aguas del Nilo, y del incomparable barro que se podía encontrar en aquella tierra extraña. A la Pequeña Sapo todo esto le sonaba nuevo y muy aventurero.

—¡Ya sé, tengo que ir a Egipto! —dijo—. ¡Si la cigüeña o uno de sus polluelos me llevara! Le daría algo a cambio. Sí, iré a Egipto, ¡porque entonces me sentiré muy feliz! Todo el anhelo y todo el placer que siento es mucho mejor que tener una joya en la cabeza.

Pero la Pequeña Sapo era la única que tenía la joya. Esa joya era el esfuerzo constante y el deseo de llegar más alto, siempre más alto. Brillaba en su cabeza, brillaba de alegría, brillaba en ella como su anhelo.

Entonces, de repente, bajó la cigüeña. Había visto la Pequeña Sapo en la hierba, se agachó y agarró a la criatura con cualquier cosa menos suavidad. El pico de la cigüeña la pellizcó y el viento silbó mientras se elevaba de nuevo. No era precisamente agradable, pero al menos iba a subir —hasta Egipto—, de eso estaba segura, y entonces sus ojos brillaron y un destello pareció salir disparado.

—Croac, croac —exclamó.

Entonces su cuerpo estuvo muerto; ¡toda la Pequeña Sapo estaba muerta! Pero, ¿qué fue de la chispa que había salido disparada de sus ojos? El rayo de sol la recogió y se llevó la joya de la cabeza de la Pequeña Sapo. Pero, ¿adónde se la llevó? No preguntes al

naturalista, sino al poeta. Él te lo dirá bajo la apariencia de un cuento de hadas. La oruga de la col y la familia de las cigüeñas también forman parte de la historia.

Y recuerden, la oruga ha cambiado, se transforma con el tiempo en una hermosa mariposa. La familia de las cigüeñas vuela sobre montañas y mares, hasta la lejana África, y sin embargo siempre encuentra el camino más corto para volver a casa, al mismo país, al mismo techo. No, eso es casi demasiado improbable para ser cierto, y sin embargo lo es. Pregúntenle al naturalista, él les confirmará que es así, y ustedes mismos lo saben, porque lo han visto.

Pero, ¿la joya en la cabeza de la rana?

Búsquenla en el sol, mírenla allí, ¡allí la encontrarán!

Pero el brillo es demasiado cegador. Los humanos aún no tenemos ojos capaces de ver todo el esplendor y las maravillas de la naturaleza, pero eso cambiará pronto.

Esa será la historia más hermosa de todos los tiempos, y todos formaremos parte de ella.

